



EN EL VALLE

Corría a la sazón el mes de Febrero. Reinaba un invierno de los más rigurosos, y los caminos eran malos para los viajeros, tan malos, que, al llegar Obenreizer y Vendale a Estrasburgo, hallaron pocas las mejores fondas. Las escasas personas que vieron durante el trayecto y que se encaminaban para negocios a lo interior de Suiza, renunciaban al viaje y volvían sobre sus pasos.

La mayor parte de los ferrocarriles que hoy llevan por tan bello país a los excursionistas, estaban sin acabar en aquel tiempo. Las líneas explotadas, sembradas de profundos carriles, eran impracticables, y el invierno había interrumpido por todos puntos las comunicaciones. En todas partes oíanse contar únicamente casos de viajeros detenidos

en el camino por accidentes cuya gravedad exageraban, sin duda. No obstante, como quedaba franca la vía de Basilea, Vendale no alteró en modo alguno su resolución de proseguir el viaje. Obenreizer decidió lo mismo que Vendale.

El suizo se veía acorralado, desesperado, perdido; tenía que destruir a todo trance la prueba que Vendale llevaba consigo, aunque para ello le fuese preciso aniquilar al mismo Vendale.

Amenazado de una ruina segura, enrrado en un círculo que la actividad de Vendale estrechaba de hora en hora en torno suyo, Obenreizer odiaba con verdadera ferocidad a su compañero. Siempre había alimentado malas ideas contra el joven negociante. ¿Sería, acaso, por el sordo rencor del rústico al caballero? ¿Sería por el contraste de su índole con aquella naturaleza franca y generosa? ¿Sería por la belleza de Vendale? ¿Sería por la dicha que éste tuvo de conseguir que le amase Margarita? ¿Sería, tal vez, por todas esas causas reunidas? Sea como fuere, le odiaba, le odiaba desde que le vio por primera vez. Actualmente considerábale como al hombre que le conducía a su pérdida. Y este pensamiento duplicaba el furor de su odio.

Por el contrario, Vendale, que tan a menudo había luchado contra sí mismo

para desechar la vaga desconfianza que por espacio de tanto tiempo le había inspirado Obenreizer, crefese ahora como obligado a borrar de su imaginación hasta la menor huella de aquel sentimiento involuntario. Pensaba que Obenreizer era el tutor de Margarita; que en lo sucesivo vivirían en relaciones de verdadera amistad; que él fué, él, Obenreizer, quien se había ofrecido gustoso a ser su compañero de camino, sin tener ningún motivo interesado para compartir los peligros de semejante viaje.

A todas estas razones que tanto hablaban en favor de Obenreizer, la casualidad añadió otra, así que llegaron a Basilea, después de recorrer un trayecto dos veces mayor que el de costumbre.

Habían concluido muy tarde de cenar y estaban solos en un cuarto de la fonda. Al pie de la casa, corría el Rhin, profundo, rápido, tumultuoso, crecido por las nieves. Vendale estaba tendido indolentemente en un sofá. Obenreizer paseaba por la habitación, deteniéndose a ratos en la ventana; contemplaba en las aguas el tortuoso reflejo de las luces de la ciudad, y tal vez pensase:

—¡Si pudiera yo arrojarle ahí!

Luego proseguía sus paseos por el cuarto, mirando al suelo.

—¿En dónde le robaré si puedo?...
¿Dónde le mataré, si es preciso?...

Y el río corría, corría, y semejaba repetir esas palabras, cual estribillo de muerte, cuyo ruido llegó tan claro a los oídos del suizo, que éste se detuvo súbitamente otra vez, pensando que sería mejor hablarse a sí mismo de cualquier otra cosa.

—¿En dónde le robaré, si puedo?... ¿Dónde le mataré, si es preciso?...

De pronto mudó de estribillo Obenreizer.

—Esta noche—dijo, pensativo,—ruge el Rin como la vieja cascada de nuestra casa. Ya he hablado a usted de esa cascada que mi madre enseñaba a los viajeros. Su murmullo variaba, según el tiempo que hacía, como el de todas las caídas de agua y el de todas las aguas corrientes. Cuando fui aprendiz en la relojería, perseguíame aún ese murmullo, lo recuerdo, y parecía decirme: «¿Quién eres, desdichado joven? ¿Quién eres tú?» Otras veces, cuando el ruido se hacía más sordo y anunciaba tormenta próxima a desencadenarse, creía yo oír estas palabras: «¡Bum! ¡Bum! ¡Pegadle! ¡Pegadle!» ¡Eso es lo que mi madre gritaba cuando se enfurecía contra mí... si es que fué mi madre!...

—¿Si es que...?—replicó Vendale, mudando bruscamente de postura,—¡si es que fué su madre!... ¿Por qué dice usted eso?

—¿Qué sé yo?—repitió Obenreizer, con expresión de indiferencia;—¿qué quiere que le diga?... Es tan obscuro mi nacimiento... Así, por ejemplo, yo era aún muy joven, un niño, cuando todos los demás de mi familia, hombres y mujeres, eran casi viejos. Todo puede creerse...

—¿Ha dudado usted alguna vez?

—Ya le dije un día que yo dudaba de mi padre y de mi madre—respondió el suizo.—Pero, en fin, pertenezco al mundo, ¿no es eso?... Formo parte de la creación, y si no he salido de buena familia... ¡qué más da!...

—¿Pero es usted suizo de veras?—le preguntó Vendale, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Cómo puedo saberlo?—dijo Obenreizer; deteniéndose de pronto.

Dirigió a su compañero una mirada indefinible por encima del hombro y le dijo:

—Si le preguntasen: ¿Es usted inglés?... ¿Cómo contestaría usted?... ¿Cómo lo sabe?...

—Por lo que se me dijo en mi infancia.

—¡Oh! De ese modo, tan enterado estoy yo como usted, acerca de mí mismo.

—Y también—añadió Vendale, siguiendo su idea,—por mis primeros recuerdos.

—Yo también; por consiguiente, sé tanto respecto de Obenreizer, como usted respecto de Vendale... si eso se llama saber.

—¿Luego no se alegra usted de lo que sabe? ¿No le basta todo eso?

—Preciso es que me baste y que me alegre. Cuando se dice: es preciso, ya se ha dicho todo en esta tierra. ¡Dos palabras cortitas; pero que pueden más que todos los razonamientos y las frases todas!

—Usted nació el mismo año que el pobre Wilding; eran ustedes de la misma edad—dijo Vendale, que continuaba mirando pensativo, en tanto que Obenreizer emprendía de nuevo sus paseos por el cuarto.

—Sí, de la misma edad.

¿Sería, pues, Obenreizer aquél a quien había buscado Wilding? ¿No tendría un significado más sutil de lo que aparentaba la teoría sobre la pequeñez del mundo que acudía constantemente a los labios de Obenreizer?

La carta de Suiza que le recomendaba a la casa Wilding y Compañía ¿habría seguido tan de cerca a la revelación de la señora Goldstraw, por el solo hecho de que iba a aparecer el hijo víctima del error y de la injusticia? ¡Cuánta profundidad hay insondable en este mundo! ¡Y qué interesante la casualidad o la

concaenación de sentimientos y deberes que había establecido entre Obenreizer y Vendale una cordialidad creciente de relaciones, una intimidad suficiente para conducir a ambos allí, aquella noche de invierno, encaminándose juntos al mismo lugar con el mismo objeto!

Los pensamientos de Vendale, despiertos sobre el objeto, perdíanse en el espacio, al tiempo que sus ojos seguían mirando a Obenreizer, que no cesaba sus paseos. Y el río corría, corría, continuando su fúnebre salmodia.

—¿Dónde le robaré, si puedo?... ¿Dónde le mataré, si es preciso?...

El secreto de Wilding no corría peligro alguno en labios de Vendale. Mas éste pensaba que Wilding murió precisamente bajo el peso de dicho secreto; también él, Vendale, sentía el terrible peso del secreto que había heredado. Y no obstante, la carga se le antojaba ahora algo más ligera, y la obligación de seguir la pista buscada, por obscura que fuese, parecíale menos penosa. ¡Cómo! ¿No se alegraría él muchísimo de que fuese Obenreizer el verdadero Walter Wilding?

¡Mas no! Aunque a fuerza de razonamientos y luchas, había vencido casi la desconfianza que aquel hombre le inspiraba, no podía desear verle ocupar el puesto del amigo que ya no existía.

¡Semejante socio para él, que era tan franco, tan sencillo, tan exento de ficción!... Además, ¿querría que se volviera rico Obenreizer?... No. Ya tenía sobrado poder Obenreizer sobre Margarita, sin necesidad de que viniera a aumentarlo la riqueza. ¿Querría él que aquel hombre fuese tutor de Margarita, una vez demostrado que no era pariente de ella? ¡No!... ¡no!...

Y, sin embargo, sus propias repugnancias, sus propios deseos, no debían prevalecer y colocarse entre él y la fidelidad que debía a un muerto.

Al momento, como para probarse a sí mismo que esos pensamientos, que él consideraba como malos, no le detenían, y que esas impresiones pasajeras no podrían ni tan siquiera enfriarle en el cumplimiento de un deber sagrado, empezó a reflexionar en el medio de esclarecer cuanto antes sus dudas. Siguió con mirada más franca y amable los movimientos de su compañero por el cuarto. ¿No le creía entonces ocupado en meditar tristemente acerca de su origen?

¿Quién le hubiera dicho que en aquel momento Obenreizer pensaba en otro hombre, que ese otro era él, y que estaba pensando en asesinarle?

La carretera de Basilea a Neufchatel no se hallaba en tan mal estado como decían por la ciudad. Las últimas hela-

das la habían restablecido un poco. Aquella noche llegaron guías en caballos y mulas, y no hablaron de obstáculos muy difíciles de franquear. Mucha paciencia, y podría llegarse, a fuerza de ruegos y latigazos. Pronto ultimó Vendale el ajuste. Al día siguiente, un coche iría a buscar a los viajeros, los cuales saldrían antes del amanecer.

—¿Cierra usted la puerta con pestillo por la noche, cuando está de viaje?— preguntó Obenreizer antes de retirarse a su cuarto.

—Nunca—respondió Vendale sonriendo.—Tengo el sueño muy pesado.

—¿Tiene usted el sueño pesado?— repitió Obenreizer, mirándole con admiración.—¡Favor del cielo es ese!

—No lo sería para el resto de la casa, si mañana por la mañana tuviesen que despertarme dando fuertes golpes en la puerta.

—También dejo yo la puerta abierta; pero, a ley de suizo que conoce su país, voy a darle un buen consejo: cuando viaje usted por Suiza, guarde siempre sus documentos... y el dinero, naturalmente... debajo de la almohada.

—¡Vaya un elogio que hace usted de sus paisanos!

—¡Mis paisanos!—exclamó Obenreizer, apretándole suavemente los codos,— se parecen a la mayoría de los hombres

Y la mayoría de los hombres nunca deja de coger al prójimo lo que pueda cogerle. Adiós. Hasta mañana a las cuatro.

—¡Hasta las cuatro! ¡Buenas noches!

Así que se hubo quedado solo, Vendale acercó los leños, tapólos con la blanca ceniza de abeto esparcida por el hogar, y sentóse, con la cabeza entre las manos, para coordinar sus ideas. Mas éstas continuaban errando por el espacio, y agitábalas más aún el murmullo del río. En tanto que el joven intentaba reflexionar, le abandonó la disposición al sueño, que antes se iba apoderando de él. Antojósele que haría bien en no acostarse todavía, y permaneció junto a la lumbre.

Margarita, Wilding, Obenreizer pasaban ante sus ojos, con mil visiones, con mil nuevas esperanzas.

Todos esos pensamientos se posesionaron de su espíritu y no sintió ya la necesidad de reposo. El sueño se apartaba de él. Consumiósele la vela. La luz se apagó; pero el resplandor del fuego bastaba para alumbrar el cuarto. Vendale mudó de postura, apoyó el brazo en el respaldo de la silla, la barba en la mano y así permaneció continuando su meditación.

Estaba sentado entre la cama y el hogar. La llama vacilaba, agitada por el viento del río, y la sombra del joven,

aumentada considerablemente, reflejábale junto al lecho, en la pared blanca. Esa sombra, de aspecto afligido, parecía inclinarse sobre el lecho, en actitud suplicante. Entretanto, Vendale estaba emocionadísimo. Una visión desagradable cruzó por el cuarto; Jorge creyó ver allí, no su sombra, sino la de Wilding, que se agitaba. Varió, pues, de sitio, desapareció la sombra y desvaneciósela pared. El joven había hecho retroceder su silla, hasta una ligera profundidad próxima a la chimenea; delante de él estaba la puerta, provista de un picaporte de hierro grande y largo.

De pronto vió que se levantaba lentamente el picaporte, se abría la puerta y tornaba a cerrarse como por sí sola, y cual si fuese el viento quien la moviera. Sin embargo el picaporte permanecía fuera de la anilla. La puerta volvió a abrirse despacito, hasta que la rendija fué lo bastante grande para dar paso a un hombre, tras lo cual, permaneció inmóvil, como si una mano vigorosa la retuviera desde fuera. Apareció una forma humana mirando a la cama. El hombre quedóse de pie en el umbral; luego en voz baja y avanzando un paso, dijo:

—¡Vendale!

—¿Qué sucede?—preguntó Jorge, poniéndose de pié.—¿Quién va ahí?

Era Obenreizer. Dejó escapar un grito

de sorpresa al ver al joven que se le acercaba desde la chimenea.

—¿No está usted acostado?—le preguntó.

E involuntariamente, dejó caer pesadamente ambas manos en los hombros de Vendale, como si pensara entablar lucha con él.

—Eso es señal de que ocurre alguna desgracia.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Vendale, soltándose rápidamente.

—Ante todo, ¿está usted enfermo?

—¿Enfermo?... No.

—Acabo de tener un mal sueño sobre usted. ¿Cómo es que le encuentro de pie y vestido?

—Amigo mío, la misma pregunta pudiera yo dirigirle a usted—repuso Vendale.

—Ya le he dicho que acabo de tener un mal sueño acerca de usted. Tras ese asalto, he intentado dormirme. Imposible. No he podido decidirme a permanecer en mi cuarto sin asegurarme de que nada le sucedía a usted, y, no obstante, tampoco quería entrar en su habitación. He titubeado un rato ante la puerta. Temía las burlas de usted. ¡Es tan fácil reírnos de un sueño que no hemos tenido!... ¿Dónde está la vela?

—Se ha consumido.

—Yo tengo una entera en mi cuarto. ¿Quiere usted que vaya a buscarla?

—Sí, con mucho gusto.

El cuarto de Obenreizer era contiguo al de Vendale. Sólo se ausentó un momento y volvió con una bujía en la mano. Su primer cuidado fué arrodillarse delante del hogar y soplar a fuerza de pulmones los carbones casi apagados. Vendale, que le miraba, vió que tenía lívidos los labios.

—Sí—dijo Obenreizer levantándose,—era un mal sueño. Creo que verá usted en mi rostro la impresión que me ha dejado.

Estaba descalzo, tenía la camisa de franela abierta por el pecho, las mangas levantadas hasta el codo. No llevaba más vestido que unos calzoncillos demasiado estrechos para él. Su cuerpo, aprisionado en semejante funda, parecía de una agilidad salvaje. Aunque sus labios estaban pálidos, en los ojos le brillaba extraña llama.

—Si hubiera habido que sostener aquí lucha con algún ladrón, como me lo decía mi sueño—dijo,—ya ve usted que venía yo preparado.

—Y hasta armado—dijo Vendale, indicando con el dedo la cintura.

—Un puñal de viaje que llevo siempre conmigo—contestó el suizo, con aspecto indiferente y sacando a medias el puñal

de la vaina.—¿Y usted no lleva encima nada con que defenderse?

—Absolutamente nada.

—¿Ni pistolas?—preguntó Obenreizer, mirando la mesa y luego la cama y la almohada.

—Ni pistolas.

—¡Son ustedes confiados los ingleses... ¿Quiere usted dormir?

—Tiempo ha que lo hubiera deseado; pero no he podido.

—Yo tampoco podría, después de ese maldito sueño. Mi fuego se ha consumido como su vela. ¿Me permite venir a instalarme junto al suyo? ¡Las dos! Pronto serán las cuatro, así es que no es cosa de acostarse.

—En cuanto a mí—dijo Vendale,—no me acuesto. Hágame compañía, que se lo agradeceré.

Después de volver a su cuarto para vestirse, reapareció Obenreizer envuelto en una especie de abrigo y calzado con zapatillas. Los dos jóvenes tomaron asiento a cada lado del hogar. Vendale había reavivado el fuego. Obenreizer puso sobre la mesa una botella y una copa.

—Mucho me temo que esto sea abominable aguardiente de taberna—dijo vertiendo el líquido en la copa;—lo he comprado en el camino, y por cierto que nada se parece al coñac de la Encrucija-

da de los Cojos. Pero ya se han agolado las provisiones que usted traía. Lo siento. ¡Fría noche! ¡frío país! ¡casa fría! El aguardiente sienta bien y reanima. En fin, más vale esto que nada. Pruébalo.

Vendale cogió la copa y obedeció.

—¿Qué le parece?—dijo Obenreizer.

—Tiene un dejo amargo y brutal—respondió Vendale devolviendo el vaso y estremeciéndose.—No me gusta.

—Tiene usted razón—dijo Obenreizer, que parecía probarlo a su vez y hacía chasquear los labios.—¡Qué sabor!... Y sin embargo, arde.

Acababa, en efecto, de arrojar al fuego lo que le quedaba de la copa.

Los dos compañeros se acodaron en la mesa, con la cabeza entre las manos, y así colocados, miraron la llama. Obenreizer estaba pensativo y tranquilo; pero Vendale, tras varios estremecimientos y sobresaltos nerviosos, se alzó de repente sobre sus pies, miró en derredor suyo con aspecto extraviado y volvió a sentarse, presa de extraña confusión de pensamientos.

Había encerrado sus papeles en una cartera y la tenía en el bolsillo del pecho del vestido, el cual se lo había abrochado hasta la barba. ¿Por qué, en ese a modo de letargo en que se hallaba sumido, atormentábale la idea de esos papeles?

«Sal de tu sueño», le decía una voz interior. No podía. Ese sueño le había transportado a las estepas de Rusia, y veíase en ellas con Margarita; pero, al mismo tiempo, se presentaba nítida y clara a su entorpecido espíritu la sensación de una mano que se le pasaba por el pecho y rozaba los contornos de la cartera. El sueño le condujo a alta mar, en un barco que no tenía puente. No tenía por todo ropaje más que un viejo harapo de vela, pues había perdido los vestidos. No tenía trajes. Y, sin embargo, sí, tenía uno; puesto que la mano, aquella mano furtiva y rápida, le sondeaba todos los bolsillos. La misma voz interior advertía a Vendale que saliera de su sopor. Imposible en aquel momento. El sueño volvió a mudarle de lugar. Vióse en la vieja bodega de la Encrucijada de los Cojos. La cama, la misma cama que amueblaba el cuarto de la fonda de Basilea, había sido trasladada a aquella bodega, en donde se le apareció Wilding. El pobre Wilding no estaba muerto, y Vendale no se sorprendía de ello. Wilding le sacudía por el brazo, diciéndole: «¡Mire ese hombre! ¿No ve usted que se ha levantado y que se acerca al lecho para dar vuelta a la almohada? ¿Para qué vuelve esa almohada, si no es para buscar los papeles que lleva usted en el bolsillo? Despiértese.» Y, no obstante,

seguía Vendale durmiendo y perdíase en nuevos ensueños.

Atento y sereno, apoyado aún de codos en la mesa, le dijo su compañero:

—Despiértese, Vendale. Nos llaman. Son las cuatro.

Al abrir los ojos, vió Vendale el rostro nebuloso de Obenreizer inclinado contra el suyo.

—Ha tenido usted un sueño muy pesado—dijo el suizo.—Es la fatiga del viaje y el frío.

—Ahora estoy completamente despierto—exclamó Vendale poniéndose en pie; pero notó que le flaqueaban las piernas.—¿Y usted no ha dormido nada?

—Tal vez me haya adormecido; sin embargo, me parece que no he cesado de contemplar el fuego. ¡Vamos! De buen grado o de mal grado, tenemos que levantarnos, desayunar y marchar. ¡Las cuatro, Vendale, las cuatro dadas!

Obenreizer gritó con toda su fuerza las últimas palabras para acabar de despertarle, porque Vendale volvía a caer ya en su invencible somnolencia. Al tiempo que hacía los preparativos de aquella jornada del viaje, y al tiempo que comía, parecía continuar durmiendo. Al terminar el día, no tenía más impresiones de viaje que las de un frío riguroso, el campanilleo de los cascabeles de los caballos, que corrían por áridas colinas

y bosques desiertos. Acá y acullá, algunas estaciones en donde se detenían para comer o beber; entraban en aquellas casas lóbregas; atravesaban primeramente el establo, para llegar a la sala destinada a los viajeros; Vendale se dejaba guiar maquinalmente; no se acordaba de nada, sino de haber visto a Obenreizer siempre pensativo a su lado.

Cuando al fin desechó ese letargo insoportable, ya no estaba allí Obenreizer. El coche había parado a la puerta de otra fonda, junto a una fila de carros cargados de pipas de vino y arrastrados por caballos enjaezados con collares azules. Ese convoy parecía venir del punto a donde se encaminaban nuestros viajeros. Obenreizer, no ya pensativo, sino, al contrario, alegre y listo, hablaba con los carreteros. Vendale se desperezó detenidamente, su sangre empezó a circular mejor; el resto de su entorpecimiento desvaneciéndose en cuanto dió unos pasos al aire libre, bajo aquella brisa fortificante... Durante ese tiempo, se puso en marcha la fila de camiones. Los carreteros saludaban a Obenreizer al pasar.

—¿Qué gente es esa?—preguntó Vendale.

—Son nuestros carreteros; los de Defresnier y Compañía. ¡Son nuestras pipas! ¡Nuestros vinos!

Empezó a tararear una canción y encendió un cigarro.

—He sido triste compañero para usted esta noche—dijo Vendale;—no me explico lo que me ha pasado.

—Que no ha dormido usted la última noche, y con este frío, cuando le ha faltado a uno el sueño, se le congestiona fácilmente el cerebro. Yo he presenciado con frecuencia ese fenómeno... En resumidas cuentas, creo que hemos hecho el viaje en balde.

—¿Cómo en balde?

—Las personas a quienes venimos a buscar están en Milán. Ya sabe usted que tenemos dos casas, una de vinos, en Neufchatel, y otra de sederías, en Milán. Pues bien, como actualmente tienen mucha más salida las sedas que los vinos, Defresnier ha sido enviado a Italia. Rolland, su socio, se halla enfermo desde que marchó aquél, y los médicos no le permiten recibir visita alguna. En Neufchatel encontrará usted una carta que le espera para decirle todo esto. He sabido estos detalles por el carretero principal, con quien me ha visto usted hablar. Le ha causado sorpresa verle a usted, y me ha dicho que tenía el encargo de avisarle, si le encontraba. ¿Qué quiere usted hacer? ¿Volvemos sobre nuestros pasos?

—Nada de eso, continuamos nuestro camino.

—Continuamos...

—¡Ya lo creo! ¡Hasta Milán, cruzando los Alpes!

Obenreizer dejó de fumar para mirar a Vendale; éste miró las piedras del camino que se extendía a sus pies.

—Soy responsable de un asunto muy grave—dijo.—Varios modelos de recibos impresos han sido robados de la caja de Defresnier y Compañía, y pueden servir para un uso terrible. Me suplican que no pierda tiempo para ayudar a la casa a coger al ladrón: nada me haría volverme atrás.

—¿De veras?—exclamó Obenreizer, quitándose el cigarro de la boca, para dibujar más fácilmente una sonrisa; y tendiendo la mano a su compañero, añadió:

—¡Pues bien! ¡Tampoco habrá nada que me haga retroceder a mí! ¡Ea! ¡Guía, démonos prisa!

Viajaron de noche. Había nevado mucho, y la nieve estaba helada en parte; casi caminaban al paso de los peatones. Sin cesar hacían nuevas paradas para renovar los caballos rendidos que se revolcaban en la nieve o en el barro. Una hora después de amanecer, hacían alto en la puerta de un albergue de Neuf-

chatel, luego de tardar veintiocho horas en recorrer unas ochenta millas inglesas.

Así que se hubieron lavado y que hubieron comido un poco, nuestros dos viajeros fueron juntos a la casa de Defresnier y Compañía. Allí les dieron la carta anunciada por el carretero, la cual carta contenía los modelos de letra que habían descubrir al falsificador. Ya estaba tomada la resolución de Vendale de seguir adelante sin descansar. La única dificultad era saber por dónde podrían atravesar los Alpes.

Hay dos pasajes, uno por el Simplón, otro por el Saint Gothard; y sobre uno y otro emiten muy diferentes opiniones los guías y los conductores de mulas. Ambos pasajes están a demasiada distancia para intentar ensayarlos sucesivamente; había que elegir. Por lo demás, los viajeros sabían bien que la nieve que caía podía variar en pocas horas las actuales condiciones del viaje, aunque los guías no se hubieran equivocado sobre este punto. El Simplón parecía ser de los dos caminos el que más confianza inspiraba; Vendale se decidió, pues, por el Simplón. Obenreizer había intervenido poco en la discusión; casi no había hablado.

Recorrieron Ginebra, Lausana; siguieron por las orillas del Lemán, luego por los valles tortuosos entre los pi-

cos, y todo el valle del Ródano. El ruido de las ruedas del carruaje durante la noche semejaba al de un gran reloj que da las horas. Ninguna nueva variación del tiempo molestó aquella marcha penosa; hacía un frío cruel. La cordillera de los Alpes reflejábese en un cielo amarillento; las cimas estaban deslumbradoras, y la nieve, que cubría las altas montañas y las colinas de los bordes de los lagos y torrentes, empañaba por contraste la pureza de las aguas. Las aldeas que de ese vapor blanco salían, tomaban aspecto descolorido y sucio. Pero ya no nevaba ni había nieve en la carretera. Atravesando la fría niebla, caminaban los dos jóvenes con los vestidos y los cabellos llenos de copos. Y el coche rodaba sin cesar, día y noche.

Uno de ellos creía oír el ruido de las ruedas que le decían, poco más o menos, lo que antes en Basilea, el murmullo del Rin:

—¡Ya ha pasado el tiempo de robarle vivo; tengo que matarlo!

Llegaron al fin al pobre pueblecillo de Brieg, al pie del Simplón. Era ya de noche, y, no obstante, todavía podían ver cuán pequeños son la obra del hombre y el hombre mismo en presencia de los grandes horrores y las grandes bellezas de las montañas. Tuvieron que pernoctar allí. A lo menos hallaron buen

fuego, cena y vino; y recomenzaron las disputas con los guías. Hacía cuatro días que ninguna criatura humana había franqueado el pasaje: la nieve era demasiado blanda para que anduvieran los coches, y no era suficientemente dura para el trineo. Además el cielo estaba cargado, y como aquella nieve maldita hacía tiempo que no caía, sabido era que tenía que caer al fin. En tales circunstancias, no podía emprenderse el viaje sino en mulas o a pie; pero, en este caso, había que pagar a los guías como en caso de peligro, y esto, tanto si conseguían llevar al viajero al término de su viaje, como si, durante el trayecto, consideraban que el peligro era excesivo y que había que volver atrás.

Tampoco esta vez se mezcló Obenreizer en la discusión. Fumaba silenciosamente al lado del fuego, hasta que al fin despidió Vendale a los guías y le pidió a él su parecer.

—¡Bah!—exclamó el suizo.—Estoy harto de esos pobres diablos y de sus servicios! Siempre la misma cantinela. No trabajan hoy de modo distinto de como trabajaban cuando yo era pequeño. ¿Para qué los necesitamos? digo yo... ¡Tomemos cada uno un saco y un bastón de monte y vayan al demonio los guías! Más bien los guiaremos nosotros a ellos que ellos a nosotros. Dejemos aquí

el portamantas, y pasaremos allí arriba los dos solos. ¿No hemos viajado ya juntos por las montañas? Yo he nacido en ellas, y conozco el pasaje... ¡Un pasaje!... ¡Eso da lástima!... ¡Debieran decir una gran carretera!... ¡Ah! La conozco muy bien. Dejemos que esa pobre gente ensaye sus finezas comerciales en otros y no en nosotros. Ya ve usted que suscitan retrasos por ganarse el dinero. No es otra su intención.

Vendale quedó satisfecho por poder cortar aquella fatigosa discusión. Activo, aventurero, ardiendo en deseos de avanzar y, por consiguiente, muy accesible a las sugerencias de Obenreizer, apoyó con toda su fuerza tan hermoso proyecto.

Dos horas después habían comprado cuanto necesitaban para la expedición del día siguiente, habían preparado sus sacos y dormían.

Al despuntar el día, hallaron medio pueblo reunido en las estrechas callejas de Brieg para verlos pasar. Por todas partes formábanse grupos a su alrededor, los guías cuchicheaban y alzaban los ojos al cielo. Nadie les deseó buen viaje.

En el momento en que empezaron su ascensión, brilló un rayo de sol en aquel cielo cuya helada limpidez no era por nada turbada, y trocó el campanario de

cinc de la iglesia en un campanario de plata.

—Esto es de buen presagio—dijo Vendale (aunque el sol desapareció en el preciso instante en que hablaba).—Tal vez nuestro ejemplo anime a otros viajeros a intentar pasar.

—¡Eso sí que no!—dijo Obenreizer.—¡Ninguno nos seguirá!

Miró el cielo sobre su cabeza, y el valle a sus pies.

—¡Estaremos muy solos—dijo—solos... más lejos... allá!